

OPINION PUBLICA.

TOM. 1.º

LUNES 26 DE OCTUBRE DE 1840.

NUM. 1.

Ese juez íntegro, severo é imparcial; ese regulador intachable de todas las acciones de los hombres que viven en sociedad; ese legítimo soberano por decirlo así, que debiera ser el árbitro absoluto de los destinos de todas las naciones; esa misma *opinion publica* entre los infortunados mexicanos, muchos años hace que gime sin consuelo, oprimida y anonadada, bajo el peso insostenible de las maniobras nefandas del partido liberticida que está demasiado conocida, porque todo lo arrostra y en nada se detiene para sobreponerse á la voluntad nacional, á la ventura común, y erigirse en único señor y tirano de los infelices pueblos del Anáhuac.

La superchería infame por una parte, la vil intriga por la otra, la abominable hipocresía en todo, la negra perfidia en lo mas y en suma, cuantas armas bedadas han sido conocidas hasta aquí en manos de los malvados, todo, todo ha sido puesto en acción por ese partido detestado, para ilusoriar la verdadera *opinion publica*, y para oprimirla cruelmente con el terror, con la arbitrariedad, y tambien con el plomo y con el acero destructor.

La *opinion publica* ha señalado de una manera inequívoca al gobernante que sin rubor conculca las leyes de modo mas punible y escandaloso; el magistrado que se deja corromper y torce por lo mismo la recta administración de justicia; al juez encargado de impartir esta, pero que sin escrúpulo ha dejado burlada la pública vindicta; al empleado malversador notorio de los caudales pertenecientes al tesoro de la nación; al militar que á fuer de privilegiado y de vilcoso atropella todo lo que contradice su vo-

luntad y preponderancia; en una palabra, ha designado á su vez á todas las *personas* y las *cosas* que han servido y sirven todavia de rémora al goce de los bienes que proporciona la union, la confraternidad, la paz y prosperidad que tanto han menester los mexicanos para lo menos dejar de ser tan desdichados como lo son.—¿Pero cuál ha sido el resultado de tan justa designacion? ¡Triste caso! El de que el ciego *espíritu de partido* y no la ley, el *abuso del poder* y no la rectitud, el *favoritismo* y no la imparcialidad, la *fuerza* y no la justicia, hallan servido de firme apoyo á la impunidad, al escándalo, al desprecio al abatimiento, al escarnio y la opresion de la respetable *opinion publica*.

—A no ser porque todo lo hemos presenciado del modo mas positivo, en ningun caso podriamos dar crédito á esos hechos que la *opinion publica* reprueba y execra, y que la posteridad abrumará con su execración y anatema.

La *opinion publica* y no ningun partido, fué la que proclamó y llevó á efecto la obra grandiosa comenzada por el esclarecido Hidalgo al á en Dolores, y concluida por el preclaro Iturbide en Iguala: la *opinion publica* y no ninguna faccion fué quien reprochó el odioso sistema monárquico propuesto en el memorable plan llamado de Iguala: la *opinion publica* y solo ella hizo libre y espontánea eleccion del sistema representativo popular federal el año de 1824: la *opinion publica* se indignó contra los hombres de todos los partidos que osaron ofrar su ley fundamental: la *opinion publica* y no una faccion se ha manifestado de diversos modos y de la manera mas pe-

rentoria y demostrativa contra los que sin ninguna misión legal, y solo apoyados en las ventajas del triunfo que les proporcionara la negra perfidia en que pudo apoyarse el abominado plan de Cuernavaca, proscribieron el sistema federal y lo sustituyeron con el que no tiene otro nombre que el de las siete leyes, que han empapado en sangre casi toda la tierra de los Aztecas y que están arrastrando á la nación al abismo profundo en que pretenden sumergirla sus antiguos e irreconciliables enemigos; *la opinion pública* en fin, clama á grito herido porque las personas que se han tomado la molestia de colocarse en los destinos de la alta magistratura hagan una apelacion á todos los mexicanos, con el importante, noble, justo y santo objeto de que la mayoría de éstos y no ninguna faccion, ninguna persona, ninguna intriga ni violencia, designe la forma de gobierno que, entre los republicanos, cuadre mas con los intereses de la nación entera; pero á pesar de todo, y sin embargo de que casi instantáneamente se palpa la ruina á que esta madre común nuestra es arrastrada sin la menor piedad; esa *opinion pública* que debiera acatarse por los que mandan, haciendo enmudecer los alaridos del partido liberticida que se complacía en la destruccion, en el aniquilamiento y la desgracia común, yace oprimida bajo el peso del poder, del desprecio y de la fuerza, porque entre los mexicanos parece que debe proscribirse el uso de la razon, del convencimiento, de la demostracion y del raciocinio.

Con todo, *la opinion pública* cada vez se robustece mas, sus acentos imponentes formidan á los enemigos atroces de la nación mexicana, y un día, sí, un día acaso no muy remoto, pero terrible para esos monstruos deformes abominados, se hará respetar debidamente, pulverizando á cuantos tengan la osadía de contrariarla. Los mexicanos están cansados ya de sufrir tantas injusticias, y si no son es-

cuchadas con prontitud sus continuas lamentaciones, nada tendrá de extraño que apelen á otras vías que tarde, muy tarde quizá harán arrepentir á los que los desprecian.—EE.

MONARQUÍA EXTRANJERA.

La propone á los mexicanos, por un mero ensayo, el Sr. D. J. M. Guierrez Estrada, en la notable carta que ha dirigido al Sr. presidente de la república, que corre impresa en esta capital en un cuaderno de 100 páginas.—Entre las razones plausibles que se espندن en esa obra célebre en su especie, se pretende hacer valer las de que, „la triste experiencia de lo que el sistema republicano ha sido para nosotros, parece que nos autoriza ya á hacer en nuestra patria un ensayo de verdadera monarquía en la persona de un príncipe extranjero.“ ¿Se puede llevar en paciencia un modo de discurrir tan absurdo, como tan pernicioso, tan anti-nacional, tan osado, y tambien tan criminal? ¿Que caso! ¿Con qué por no haber conseguido llegar de un solo golpe al mas perfecto grado de felicidad, ni bajo la influencia del gobierno al héroe de Iguala, ni de la del sistema federal, ni de la de las fanestas, siete leyes que nos están perdiendo, ya estamos autorizados para ir hasta de rodillas quizas, en busca de un príncipe extranjero, para que nos haga el alto honor de venir á humillarnos, á oprimarnos, á envilecernos, á tratarnos como á sus esclavos, á tornarnos á la época ignominiosa del abominable gobierno colonial, y en suma á robarnos nuestra cara y adorada independencia? Solo un cerebro trastornado vive Dios, ó un corazón destituido de sentimientos patrióticos, son capaces de producir blasfemias políticas tan enormes como punibles, que en un país donde hubiera pronta, recta é imparcial justicia, serían castigadas en el insolente que las profiere, con todo el rigor de las leyes.—¿Pobre nación mexicana espuesta de continuo á caer

en las pérdidas redes que sin cesar le tienden sus enemigos!

El Sr. Gutierrez Estrada debe estar impuesto hasta la evidencia misma, de que si la nacion mexicana ya ce envuelta en los males y calamidades sin cuento que deplora, y que la están arrastrando visiblemente a desaparecer del catálogo de los pueblos libres, es debida único y *esclusivamente* sin la menor duda, al *partido anti independiente* que por una fatalidad se oculta en su seno desde el año de 821; á ese partido nefario que nada ha perdonado para perpetuar entre los mexicanos el fuego devorador de la discordia; á ese partido sanguinario rencoroso y atroz que sorda y disimuladamente ha estado siempre indicando sus miras traidoras é inicuas en favor del plan de Iguala y los tratados de Cordova, en la parte que llamaban á un príncipe extranjero para que viniera á profanar el trono de Moctezuma; á eso es debido repetimos, y no de modo alguno al sistema de gobierno que *la nacion* y no ningun partido ni persona, quizo darse con entera libertad, el año de 824. Si ese partido liberticida y detestable no hubiera logrado el año de 34, perturbar con su há ito venenoso á hombres lijeros é irreflexivos, ni el hipócrita plan de Cuernavaca habria sido proclamado impunemente, ni los candorosos habrían sido fascinados con tantas supercherias como se emplearon, ni tampoco los amigos de la *monarquía extranjera* disfrazados con el manto sagrado de la religion de Jesucristo, consiguieran jamas las ventajas funestas que los han traído hoy hasta el caso en que se encuentran, triste para la pátria, de propalar sin el menor escrupulo ni empacho, que se haga un *ensayo de verdadera monarquía en la persona de un príncipe extranjero*. Atravimiento de tanto escandalo, trascendencia y criminalidad solo ha podido tener lugar en la época luctuosa en que por desgracia gimen los infelices mexicanos.

¿Y qué príncipe seria mas á propósito en concepto del Sr. Estrada, para ser llamado á tiranizarnos? ¿Cualquiera de los de las casas reinantes en la Europa, ó alguno de los que por la no aqueiescencia del difunto Fernando 7.º debió succederle? Nos atrevemos á pronosticar que si no se piensa ya se pensaría sin duda llegando el caso, el célebre infante D. Carlos, para que de este modo se dirimiera en parte, la cuestion sangrienta sostenida por éste con la reina Cristina. — Ya hemos oido decir en terminos aceverativos, que se propuso al tal infante el trono de México, y que él lo reusó porque se cree con derecho al de España, y aun se añade tambien que indicó en el acto, qué todo podia consiliarse siendo Cristina la que viniera á gobernar á los mexicanos. ¿Tiene algo de imposible la tal especiotá?

Pobre nacion mexicana repetimos, si no se hace respetar y escarmienta merecida y ejecutivamente, á los traidores infames que pretendan uncirla al odioso carro de la monarquía extranjera! Esta se estableceria á su salvo apoyada en un ejército extranjero tambien, nuestros soldados serian destruidos, nuestra independencia desaparecería desde luego, y por consecuencia necesaria, nosotros, nuestros hijos, nuestros nietos y quien sabe cuantas generaciones mas, arrastraríamos encorbados las pesadas é ignominiosas cadenas de la mas cruel esclavitud. Esta es sin duda la conque quieren regalarnos los llamados por antífasis *Amigos de la virtud*, aun que hipócritas pretendan colonostarla con apariéncia de buena intencion, de nobleza y amor pátrio.

Es necesario persuadirse de que ha pasado la época de los monarcas entre los mexicanos, y que estos hoy están resueltos firmemente á no hincar la rodilla si no es al Autor supremo de las sociedades: ante ningun hombre sea cual fuere su merecimiento, se prosternarán humildes, ni lo acatá-

4
rán como á Sr. soberano de los pueblos.—Nunca: eso no lo mexicanos han gustado ya de las dulzuras del sistema republicano, y antes morirán en el campo ó en el patíbulo, que permitir les sean arrebatadas.

Quieren sí que de no restituirseles el sistema de gobierno que ellos y solo ellos quisieron darse el año de 24, se proceda a hacer cuanto antes, en sana paz, una apelación á la nación toda, escijiéndose á cada uno de sus miembros, del modo con que se verifica en las elecciones de diputados y ayuntamientos, la opinion que tenga concebida en favor de la forma de gobierno que crea mas susceptible de obrar la comun felicidad, y de asegurar las libertades pátrias.—De no hacerse esto, á lo menos desean que se llame de luego á luego un congreso extraordinario, electo con entera libertad, y compuesto de mexicanos de todas creencias políticas, pero que tengan demostrado su patriotismo, su idoneidad, su pureza de intenciones, su desicion por las formas republicanas y su desinterés hácia los destinos lucrativos, para que en un tiempo proporcionado se ocupen de reconstituir á la nación, conforme en todo á su voluntad soberana.

Esto es y nada mas lo que en tales respetos desean los mexicanos, esto lo que les conviene, esto lo que á la vez reclama la justicia, el bienestar de la nación, la buena fé, el verdadero amor pátrio, la paz, la union y la confraternidad de los miembros de nuestra familia. El que pretenda lo contrario, el que por deprimir á un general y adular á otro, ó de algun modo diverso procure sostener que la *monarquía*, y *monarquía extranjera* es la capaz de proporcionar los bienes que se apetecen, da lugar á que se le repunte injusto, parcial, mal mexicano, enemigo del reposo público, y acreedor á las penas que fulminan las leyes contra criminales de tal celebridad. Si la nación fuera capaz de creer que le convenia un monarca, antes que menudiarlo

de la Europa civilizada, preferirá buscar al descendiente mas inmediato de Moctezuma, aunque no fuera celive como lo recomendaba el célebre padre Tepistoco, y á ese sí, á ese indio pero mexicano al fin, le ceñiría gustosa la diadema imperial que se pretende usurpar; mas colocarla en las cienes de un príncipe extranjero, solo podrá verificarse cuando el territorio del Anáhuac esté convertido en un basto cementerio, donde se depositen las cenizas de los dignos hijos de la cara pátria.—Sin embargo, despierten estos, que es tiempo todavía, del letargo en que yacen, y prepárense á resistir la repetición de la intencion que ha indicado el Sr. Gutierrez Estrada.—No hay motivo para sospechar que esta contara con algun apoyo, cuando ha osado sacar la cata? ¿Seria extraño por acaso que se nos presentara en nuestras costas alguna *real visita* suficientemente acompañada?... ¡Mexicanos! alerta, alerta: el enemigo es astuto, parece que se albeiga entre nosotros y es natural que quiera sorprenderlos.—Unámonos, pues, cordialmente y no permitamos que nos sean robadas nuestras caras libertades.—Levantemos nuestra voz, sin necesidad de apelar á vias violentas, reprobadas y evidentemente perjudiciales, y pidamos el remedio de las calamidades que nos devoran: no nos adormesca la confianza y nosotros mismos causemos nuestra ruina: unámonos, clamemos sin cesar porque se nos escuche, y entonces podremos asegurar que un día seremos poseedores de los inestimables bienes que no nos permiten disfrutar los antiguos, rencorosos enemigos de nuestra independencia, de nuestra libertad, de nuestro reposo y prosperidad.—EE

MEXICO:—1810

Imprenta de Luis Heredia, calle de S. Sebastian núm. 7.